

no eran los demonios que pintaban los conquistadores pero tampoco los ángeles imaginados por los indigenistas, eran tan sólo humanos, demasiado humanos, muy parecidos a los habitantes de otros continentes y capaces, por tanto, de las más atroces crueldades que los hombres pueden cometer.

El aspecto más resonante de Las Casas fue su denuncia del genocidio perpetrado por los españoles. Las abultadas cifras que da sobre los muertos no son más que una especulación dada la inexistencia de censos y la imposibilidad de que alguien contara los cadáveres. Alejandro Humboldt, con un criterio más científico, dudó de las cifras de Las Casas. Las investigaciones de los historiadores de la llamada escuela de Berkeley, en base a métodos ingeniosos, parecen acercarse más a las cifras de Las Casas, pero lo que interesa es explicar las razones de estas catástrofes demográficas. Aún admitiendo las intenciones deliberadamente asesinas que atribuyen a los españoles sus adversarios, era materialmente imposible que unos pocos cientos de conquistadores estuvieran capacitados para exterminar en forma directa a millones de indios. Los nazis contaban con medios técnicos más avanzados y no lograron concretar «la solución final». No cabe duda de que muchos indios murieron en las guerras, y otros por el trabajo forzado. Los malos tratos, por otra parte, no diferían de los dados por los oficiales a los soldados españoles a quienes en caso de desobediencia golpeaban con palos, a veces hasta matarlos, según queda testimoniado por cronistas o corresponsales de la época. Otros muchos más murieron por las enfermedades; los indios carecían de defensa para los virus traídos de Europa, pero responsabilizar a los españoles por pestes como la viruela como si se tratara de una «guerra bacteriológica», definición empleada por los indigenistas actuales, es una argumentación tan típicamente prejuiciosa como atribuir a los homosexuales la intención de exterminar a la humanidad por medio del SIDA. Además, se olvida que en ese mismo tiempo, las grandes epidemias también diezaban a la población de Europa, y constituían verdaderas catástrofes demográficas no menores a la americana. En años de hambres y de pestes, la población europea de los siglos XIV y XV disminuyó en un 30 por ciento. Durante la peste negra que asoló a Europa en 1347, la mortalidad alcanzó de un octavo a un tercio de la población total.

Otros factores no desdeñables que permiten dudar de la importancia demográfica de las poblaciones indígenas —exagerada para magnificar el genocidio— son las incessantes guerras entre las tribus, la antropofagia, los sacrificios humanos en los altares, el abandono o asesinato de los ancianos y fundamentalmente, la escasez de alimentos, la mayor parte de los cuales fueron traídos por los colonizadores.

La América precolombina distaba mucho de ser el País de Jauja que imaginaban algunos europeos; se parecía más a un terreno baldío y no digo a un potrero porque ni siquiera había caballos. Entre los animales que no existían en América y que fueron traídos por los españoles estaban el caballo, la vaca, la oveja, el cerdo, la cabra, el perro, el conejo, las aves de corral; no se conocían otros mamíferos que la llama y el puma. Entre las plantas que no existían en América y fueron traídas por los

españoles estaban los cítricos, el banano, el olivo, la caña de azúcar, la vid, el eucalipto, el rosal, los principales cereales básicos para la alimentación (el trigo, el centeno, la avena, la cebada, el arroz), la cebolla, el ajo. De 247 especies vegetales alimenticias y de utilidad industrial cultivadas en América, 199 son originarias de Europa y de Asia.

Una de las extravagancias del grupo maoísta peruano Sendero Luminoso de los años ochenta fue recomendar a los agricultores andinos cultivar plantas exclusivamente americanas como quina, maíz y papa, descartando el trigo, la cebada y otras especies que representarían la colonización cultural. Si su prédica hubiera sido escuchada sólo habrían logrado reducir aún más la magra dieta de los campesinos.

Los españoles también trajeron la rueda y todos los derivados de la mecánica basada en el movimiento circular, así como la técnica del hierro y del vidrio desconocidos en América. Incluso en los aspectos en los que se habían destacado los indígenas sólo pudieron perfeccionarlos mediante las técnicas importadas por los europeos. El arado y los animales de tiro permitieron avances decisivos en la agricultura, el tejido mejoró con la rueca de hilar y el telar de pedal. La alfarería logró su mejor momento después de que los europeos introdujeron el torno de alfarero.

Los colonizadores trajeron, no puede negarse, el trabajo forzado y las pestes desconocidas pero, al mismo tiempo, aportaron la diversificación de la dieta alimentaria, la ropa de cuero y lana, antes desconocida, la posibilidad de trasladarse por el uso de los animales de tiro y de la rueda. Las interpretaciones tercermundistas euróforas sólo recuerdan la extracción de oro y plata hecha por los europeos, ocultando la transferencia de animales, plantas y técnicas nuevas. Juan Bautista Alberdi señalaba:

Todo, en América del Sur civilizada, hasta lo que allí se llama frutos del país, riqueza natural, es producto y riqueza de origen europeo. No solamente el hombre que forma la unidad del pueblo americano es europeo de raza y de extracción, sino que son europeos o procedentes allí de Europa, los animales y las plantas más útiles. Si por un exceso de americanismo, quisiéramos echar de América todo lo que es europeo, no sólo nos quedaríamos desnudos, como los indios, sino que sin caballos, sin aves, sin cereales —antropófagos—; mudos o hablando guaraní, y como nos quedarían todavía nuestros nombres y color europeos, nos veríamos en el deber de suicidarnos a fuer de americanos⁸.

Las grandes civilizaciones precolombinas

La mayor parte de los indígenas americanos eran sobrevivientes de la prehistoria en plena época del renacimiento europeo, tenían seis mil años de atraso con respecto a los habitantes del viejo continente. Lejos de ser el hombre nuevo que anuncian los indigenistas no eran sino vestigios de épocas desaparecidas, el fin de una etapa antes que la apertura de otra. Según la clasificación de los antropólogos evolucionistas, de Lewis Morgan, en *La sociedad primitiva*, 1877, seguido por Engels en *El origen de la familia, la propiedad y el estado*, 1884, los pueblos precolombinos oscilaban en-

⁸ Juan Bautista Alberdi: *Escritos póstumos, Tomo IV, Buenos Aires, Imprenta Europea, 1895.*

tre la etapa superior del salvajismo en los comienzos de la edad del bronce, cuando todavía se vivía de productos naturales, y el estadio medio de la barbarie cuando surge la agricultura. Ninguno de ellos, incluidos los aztecas y los incas, conocían la escritura, sólo los mayas tenían una escritura elemental equivalente a la de los primitivos egipcios, es decir, a la de una civilización que ya había florecido seis mil quinientos años antes de los mayas.

No puede hablarse de la civilización precolombina como se lo hace de civilización del Mediterráneo; sólo había un caos de grupos étnicos dispersos con grados de desarrollo distintos: pacíficos agricultores o belicosos cazadores, algunos en estado salvaje, otros con civilizaciones comparables a las de la antigüedad del Viejo Mundo, unos sin gobierno ni policía, otros con sistemas totalitarios muy rígidos. No tenían la menor posibilidad de comunicarse por carecer de una lengua común, por las enormes distancias y la falta de medios de transporte. Ni siquiera tenían noción de la existencia de otras culturas; los aztecas no sabían que existían los incas y viceversa, y cuando se producían azarosos encuentros acababan en guerras sangrientas. Más que a la historia de las civilizaciones el estudio de la mayoría de estos pueblos corresponde a la prehistoria, a la etnología, a la arqueología. América ingresando en la historia universal como unidad cultural, política, lingüística, como conciencia de sí misma, fue obra exclusiva de la conquista y colonización europeas. Octavio Paz habla de la *soledad histórica* de los pueblos precolombinos y es precisamente ese aislamiento, la autarquía, la extrema originalidad, lo que provocó el estancamiento, la inmovilidad y el consiguiente atraso con respecto a la civilización del viejo mundo y su extrema vulnerabilidad ante la irrupción de éste. Las civilizaciones de Europa, parte de Asia y África del Norte, mantuvieron aun en los períodos de mayor aislamiento, contactos, intercomunicación. La comparación entre las naciones americanas y las euroasiáticas, es una prueba flagrante de que las sociedades sólo son vivas y progresan cuando están en contacto con otras sociedades. El aislamiento, por otra parte, llevó a los indígenas americanos a la incapacidad para asimilar a los extraños, para comprenderlos, para concebirlos siquiera como seres humanos. Cortés comprendía a los aztecas, aunque no los quisiera, los aztecas no comprendían a los españoles. Desde el mismo momento en que confundieron a los conquistadores con dioses o semidioses ya estaban derrotados.

Octavio Paz⁹ señala que entre los olmecas y los aztecas transcurren cerca de dos mil años y que la diferencia entre ambos es mucho menor que la distancia en un lapso semejante entre la India védica y la budista y entre ésta y la hinduista, o la que separa a la China imperial del Imperio Han de la dinastía Tang, aun tratándose de sociedades cerradas. Las diferencias son por cierto, más notables si se comparan con las sociedades abiertas y dinámicas del Mediterráneo. El problema se plantea con respecto al aniquilamiento de las tres grandes civilizaciones precolombinas. Pero aquí también la interpretación convencional adolece de equívocos. Los mayas ya estaban en decadencia cuando llegaron los españoles, divididos en quince señoríos rivales

⁹ Octavio Paz: Los privilegios de la vista, México, Fondo de Cultura, 1987.